

LXXII.

Hablan; y ajena al esplendor del oro
Tienen delante la real morada;
Y donde asombran hoy Romano Foro
Y espléndidas Carenas, ven manada
Tranquila vagueando, y manso toro
Oyen mugir. Evandro, ya á la entrada,
«Pasando estos umbrales,» dijo, «Alcides
Bajó la frente victoriosa en lides.

LXXIII.

»Él tuvo por palacio el hogar mio:
Anímate, y tú mismo á un Dios te iguala;
Tesoros menosprecia, y sin desvío
Vén, huésped bueno, á una mansion sin gala.»
Dice; y entrando, con afecto pio
Da á Enéas corpulento estrecha sala,
Y en un lecho de hojas le reposa
Con piel cubierto de africana osa.

LXXIV.

Rueda entretanto, y con su sombra parda
La noche abraza al mundo. Y Vénus bella,
Que á punto mira de que en guerras arda
Laurento, el azorado afan que en ella
Trabaja, ya no enfrena, y más no tarda,
Y en el lecho de oro donde sella
Vulcano su afición, frases enhila
En qué miel de divino amor destila:

LXXV.

«Cuando Ilíon sin esperanza alguna
Dilataba tan sólo su caída,
Y más que de altos reyes, de Fortuna
Iba á ser Troya en llamas destruida,
No á tí para los tristes, importuna
Pedí entónces, esposo de mi vida,
Armas; en ejercicio de tu arte
No quise inútilmente fatigarte.

LXXVI.

»Callé prudente, aunque debía tanto
De Príamo á los hijos, y á menudo
De Enéas los esfuerzos, no sin llanto,
Vi frustrarse. Hoy que al fin llegar él pudo
Con el favor de Jove, ¡oh númen santo!
Al país de los Rútulos, yo acudo
Á tí, yo á tí mis súplicas dirijo;
Y madre, armas te pido para un hijo.

LXXVII.

»Vencerte supo la hija de Nereo
Y con su llanto la Titonia esposa;
¡Y yo...! ¿Esas gentes que en marcial arreo
Hierros forjan, en liga poderosa
Ves? ¡En muros cerrados yo las veo
Mi ruina maquinari!» Habló la Diosa,
Y con sus brazos de aparente nieve
Blanda al lento marido ciñe y mueve.

LXXVIII.

En medio del letargo, de repente
 Recibe el Dios la conocida llama,
 Y el calor que le llama dulcemente
 Rápido por sus huesos se derrama:
 Así cuando en relámpago fulgente
 La ennegrecida atmósfera se inflama,
 Con lumbré devorante cruza inquieta
 El seno de las nubes ígnea grieta.

LXXIX.

Cuánto el poder de su hermosura obliga
 Conoció Vénus en el buen suceso
 De la añagaza. Respondióle, en liga
 De inacabable amor Vulcano preso:
 «De argüir con recuerdos, la fatiga
 Excusa; ¿en mí no fias? Si ántes eso
 Que hoy piensas, me dijese, los Troyanos
 Armas, Diosa, llevaran de mis manos.

LXXX.

»Ni Jove omnipotente ni el Destino
 Á Troya ni á su Rey negado habria
 Vivir diez años más. Y pues te vino
 En gustos hoy guerrear, y hay tal porfia,
 Quanto con hierro ó con electro fino
 Labrar es dado, quanto el arte mia
 Consigue laboriosa, quanto puedo,
 En suma, concederte, lo concedo.

LXXXI.

»El aire y fuego me obedece: en duda
 No pongas la eficacia de tu ruego;
 Todo lo alcanza, y mi poder te ayuda.»
 Así razona cortésmente, y luégo
 Rendido á la beldad Vulcano anuda
 Los vínculos de amor, de amores ciego,
 Y dichoso en los brazos de su dueño
 Se deja poseer de un manso sueño.

LXXXII.

Cual matrona obligada que granjea
 Con la rueca y labores delicadas
 El sustento á la vida, la tarea
 Al desvelo añadiendo, aletargadas
 Cenizas se alza á reanimar, y emplea
 En la obra á la lumbré sus criadas,
 Y así el lecho que el cónyuge le fia
 Guarda sin mancha, y los hijuelos cria;

LXXXIII.

No ménos listo y á la misma hora
 (Cuando va en la mitad de su carrera
 La Noche, y al alado Sueño azora,
 Gustada apénas la quietud primera),
 Del estrado en que Vénus le enamora
 Alzase el Dios que sobre el fuego impera,
 Y del cielo á la tierra en que trabaja,
 Vulcania en nombre y obediencia, baja.

LXXXIV.

Esta á la colia Lípara se arrima
 Y á la sícula costa, isla ardua: humea
 De riscos erizada: en honda sima
 Truena la ancha caverna ciclopea,
 Etna nuevo que el negro oficio lima:
 Golpe duro los yunques martillea;
 El candente metal no da sosiego,
 Zumba el aire, en la fragua aceza el fuego

LXXXV.

Bronte, Esteropo y Piracmon desnudo,
 Ciclopes esforzados, á porfía
 En la vasta oficina un rayo agudo,
 De aquellos que en ardiente lluvia envía
 Jove del alto Olimpo al orbe mudo,
 Fabricaban. El rayo aparecía,
 Al arribo del Padre ignipotente,
 Pulido en parte, en parte deficiente.

LXXXVI.

Tres dardos de granizo en la obra bella,
 Tres de agua etérea, tres de alado viento,
 Tres de fuego que fúlgido destella,
 Mezclado habian; y en aquel momento
 Tonante voz, terrífica centella
 Añadian, y sordo aturdimiento
 E incendio vengador. En otra parte
 Ruedas labran prestísimas á Marte:

LXXXVII.

Ruedas labran al carro en que alborota
 Al mundo el Dios que guerras siembra y llamas;
 Y á Pálas más allá, broquel y cota
 En que esplenden auríferas escamas,
 Tersan también, donde el que mira nota
 De hidras feroces peregrinas tramas
 Y, apto á que el pecho á la deidad defienda,
 Segado vulto de mirada horrenda.

LXXXVIII.

«Alzad,» dijo llegando el Dios herrero,
 «Cuanto empezado habeis, Ciclopes míos;
 Alzad; y atentos escuchadme: quiero
 Armas para un varon de grandes bríos.
 Manos pujantes y exquisito esmero
 Aquí todos poned, y aquí lucíos
 De magistral destreza haciendo alarde:
 Sús! la obra empiece, y en salir no tarde!»

LXXXIX.

Dice; y al punto la labor partida,
 A ella corren con ímpetu ligero:
 Bullen torrentes de oro; se líquida
 En la ancha fragua el llagador acero:
 Y escudo ingente, impenetrable egida
 Que contraste al latino campo entero,
 Al paladino los Ciclopes trazan
 Con siete discos que entre sí se abrazan.

XC.

Cuáles, en medio á la comun fagina,
Suenan los sopladores fuelles; cuáles
Zabullen en el agua allí vecina
Con estridor fogoso los metales:
Gime de heridos yunques la oficina:
Alzando con gran fuerza el brazo, iguales
Alternos golpes dan; tenaza emplean
Mordaz, y el hierro sin cesar voltean.

XCI.

En tanto que así brega el buen Vulcano
En su antro humoso, en su tranquilo lecho
La luz bendita y gorjear temprano
De las aves que triscan en el techo
A Evandro despertaban. El anciano,
La túnica vistiendo al fuerte pecho,
El nuevo día á saludar se alza;
Las sandalias tirreñas ciñe y calza;

XCII.

Del hombro abajo acomodar no olvida
Al cinto puesta la tegea espada,
Y del izquierdo lado desprendida
Tercia una de leopardo piel manchada;
Y ya dos canes que en su guarda cuida
Y parejos anuncian su llegada,
No bien de su alto nido los umbrales
Ha traspuesto, con él saltan leales.

XCIII.

De las habidas pláticas, no en vano
Recuerda el prometido contingente
El Rey, y con su huésped mano á mano
Anhela de partir secretamente.
Pues no ménos que el Arcade, el Troyano
Madrugador anduvo y diligente:
Hace á Enéas Acátes compañía;
Evandro con Palante el paso guía.

XCIV.

Ya las diestras se estrechan; ya convida
El uno al otro á la interior morada;
Siéntanse en soledad apetecida,
Y así el Rey empezó con voz pausada:
«¡Oh ilustre capitán, que á nueva vida
Alzas contigo tu nacion postrada!
No por mi fama y por las glorias tuyas
Grande el auxilio que te ofrezco arguyas.

XCV.

»Flaco es nuestro poder; que de una parte
Jurisdicción nos quita el tusco río;
De otra, el Rútulo audaz con fuerza y arte
Brama en torno á los muros. Mas yo fio
Con un pueblo magnánimo asociarte,
Fuerte en recursos y apazgado mio:
Propicia la ocasion te anuncia bienes;
Al llamamiento de los hados vienes.

XCVI.

»De aquí trecho no grande Agila dista,
Ciudad fundada en secular cimiento,
Que de la Lidia gente fué conquista
• Cuando en montes de Etruria hizo ella asiento,
De armas que suele el triunfo honrar, provista.
Años muchos de paz tuvo y contento,
Hasta que al rey Mezencio dar le plugo
Muestras de amo cruel y atroz verdugo.

XCVII.

»¿Quién sus maldades hay que en fiel trasunto
Describe? ¡Mal contadas al tirano
Le sean, y á sus hijos! Á un difunto
Cuerpo atar le era fiesta un cuerpo sano,
Diestra con diestra, el rostro al rostro junto,
(Oh de martirizar modo inhumano!)
Y en duro abrazo y entre inmundada baba
Así á un mezquino muerte lenta daba.

XCVIII.

»Alzóse un dia armado el pueblo: afronta,
Cansado de sufrir, al Rey: su casa
Sitia, hervidero de maldades: pronta
Muerte á los suyos da: ya el techo abrasa
El fuego, que enojado se remonta.
En medio del estrago huye él, y pasa
Al campo de los Rútulos: le asila
Turno, y el hierro en su defensa afila.

XCIX.

»En justa indignacion toda se enciende
Etruria, y de rebato á la cuchilla
El cuello criminal traer pretende.
Tú á esos miles de bravos acaudilla,
¡Oh Enéas! te abriré camino; atiende:
Empavesada hervia ya en la orilla
La densa escuadra, cuando oyó de un viejo
Arúspice el fatídico consejo:

C.

«¡Meonia juventud, flor y corona
»De antigua raza! Apruebo que á Mezencio
»Siga el justo furor que le destrona,»
Dice, «mas en Italia no hay, sentencio,
»Tan gran pueblo á vencer, capaz persona;
»Buscad jefe extranjero!» Hondo silencio
Al divino pronóstico sucede,
Y aterrado el Etrusco retrocede.

CI.

»Hoy la acampada hueste á mí se fia:
Cetro, diadema, insignias imperiales
Con legados aquí Tarcon me envía,
Y que vaya me pide á sus réales
Y ejército gobierne y monarquía.
Flojas mis fuerzas son á empresas tales,
Flacos mis hombros á tan grave carga,
Fria é inerte senectud me embarga.

CII.

»Y no á Palante en mi lugar envío;
Que en lo extranjero no es cabal; sabina
Madre altera su origen. Esto, y brío
Juvenil, tienes tú, y una divina
Voz te llama. No tardes, huésped mío;
¡A su gloria dos pueblos encamina!
Ya este buen hijo, de mi edad caduca
Gloria y solaz, te allego; tú le educa.

CIII.

»Educale en las armas: tú dechado,
Tú en armas le serás ejemplo y guía:
Aprenda desde mozo á ir á tu lado,
Paciencia ejercitando y valentía.
Jinetes además, lo más granado,
Te doy doscientos de la gente mía;
Y otros doscientos de ánimo arrogante
En nombre suyo aportará Palante.»

CIV.

Dijo. Enéas sin voz, sin movimiento,
Y Acátes, duda amarga, triste idea
Revuelven en el alma. En tal momento
Dales á cielo abierto Cíterea
Clarísima señal. El firmamento
Con subitáneo estruendo centellea,
Y que cruje parece y se derrumba,
Y de tirrena trompa el eco zumba.

CV.

Alzan los ojos: se oye el estallido
Otra vez y otra, y por region serena
Ven en convoy de nubes conducido
Un haz de armas lumbrosas, y que suena
Sienten de léjos el metal herido.
Pásmanse todos. Mas la voz que truena
Conoce Enéas, y que cumple, entiende,
Vénus su alta promesa y le defiende.

CVI.

«No escrutes, noble valedor,» exclama,
«El prodigioso agüero; en mí confía:
Esa voz del Olimpo á mí me llama;
Es fausto anuncio que mi madre envía,
Mi madre, alta deidad. Cuando la llama
Marcial prendiese, me ofreció daría
Esa señal: su protectora mano
Armas me trae que forjó Vulcano.»

CVII.

»¡Y oh qué gran mortandad miro presente
Al malhadado campo Laurentino!
Al polvo, Turno, inclinarás la frente;
¡Y tú cuánto broquel, Tibre divino,
Cuánto yelmo darás en tu corriente,
Y derribado cuerpo al mar vecino!
¡Vengan ahora á desplegar sus haces;
Vengan, y rompan las juradas paces!»

CVIII.

Dice; y del alto solio se levanta:
 El muerto fuego á Alcides consagrado
 Devoto anima sobre el ara santa;
 Al Lar despues, la víspera obsequiado
 Y á los Penates humildes la planta
 Mueve: Evandro y los Teucros, lado á lado,
 Por fuero y religion inmemoriales
 Inmolan escogidos recentales.

CIX.

Encamínase luégo hácia las naves
 El dux troyano á revistar su gente:
 Para la dura guerra y trances graves
 Lo más lucido elige y más valiente:
 En blando flote y vueltas van süaves
 Los otros, á merced de la corriente;
 Con éstos enviar al hijo quiso
 De sí mismo y su empresa fausto aviso.

CX.

La marcha, al par, terrestre se acelera:
 Caballos danse al héroe y su mesnada;
 La alfana que á él le traen cubre entera
 Piel de leon roja de uñas de oro armada.
 Ya la exigua ciudad sabe y pondera
 Que al Rey tirreno vuela una brigada:
 Doblan votos las madres: creces toma
 Al susto el riesgo; inmenso Marte asoma.

CXI.

Al hijo estrecha el Rey, su mano asida,
 Y «¡Oh! hiciérame volver favor celeste
 A los pasados años de mi vida,
 Cuando eché á tierra lo primera hueste»—
 Dice en larga llorosa despedida—
 «Aquí mismo, en el valle de Preneste,
 Y los escudos de las rotas filas
 Quemé triunfante en levantadas pilas!

CXII.

»Á Herilo allí, descomunal guerrero,
 Tumbó esta diestra al Tártaro profundo:
 De su madre Feronia (¡caso fiero!)
 Tres formas recibió viniendo al mundo:
 Rey de alma triple y desdoblado acero,
 Muerto un tronco, quedábale el segundo
 Y otro despues. Mas á los golpes míos
 Rindió sus armas y agotó sus bríos.

CXIII.

»Fuese así, no á mis brazos te arrancarás,
 Buen hijo; ni insultando la frontera
 Con mengua mía, tantas vidas caras
 Mezencio criminal segado hubiera;—
 ¡Desolada ciudad, no así llorarás!...
 Vosotros, ¡oh! de superior esfera
 ¡Dioses! ¡gran Jove, reinador supremo!
 A vuestro númen recurrir no temo.

CXIV.

»¡Oh! ¡del árcade Rey el desconsuelo
Os mueva á compasion, y de un anciano
Padre las preces escuchad! ¡Si el Cielo
Ha de volverme mi Palante sano;
Si él algun día alegrará mi duelo;
Si firme unirle á mí no espero en vano,
El término alargad de mi partida:
Trabajos sufriré; quiero la vida!

CXV.

»Mas si un hado cruel fúnebres lazos
Á mi esperanza tiende y mi deseo,
Lícito sea fenecer los plazos
De esta mísera vida, hora que áun veo
Incierto lo futuro, y que en mis brazos
Te tengo, hijo, y en verte me recreo,
¡Tú, tan tarde gozado y tan querido!
Nunca nueva fatal hiera mi oído!»

CXVI.

Tal sus adioses últimos plañia
El Rey; y enajenado de sentido,
En brazos sus criados á porfía
Le restituyen al desierto nido.
Y sale la veloz caballería
Por las abiertas puertas con rüido:
En primer línea Enéas va y Acátés;
Otros siguen en pos teucros magnates.

CXVII.

Con rica sobreveste gallardea
Ostentando en sus armas sus blasones
Entre todos Palante: así campea
El lucero que en líquidas regiones
Se baña, cuyo fuego Citerea
Ama sobre el de cien constelaciones,
Cuando su faz divina alza en el cielo
Y rasga de la triste noche el velo.

CXVIII.

Desde el muro las madres aterradas
Ven las nubes de polvo cuál se extienden,
Y siguen con atónitas miradas
Las bandas que con tanto acero esplenden.
Por desechas de zarzas erizadas,
Abreviando camino, armados hienden,
Y en escuadron que clamoroso cierra
Galopando á compas baten la tierra.

CXIX.

Cabe el helado Ceretano río
Hay un gran bosque; y mucho negro abeto
Que alturas forma en torno, hácele umbrío;
Le consagró tradicional respeto.
Es fama que á Silvano, númen pio,
Apropiaron aquel lugar secreto
Los antiguos Pelasgos, los primeros
Que ocuparon del Lacio los linderos:

CXX.

El sitio al Dios de campos y ganados
Le dedicaron, y un solemne día.
No léjos de estas selvas sus soldados
Tarcon apercebidos guarecía;
Y podíase ya de los collados
Altivos, contemplar en lejanía
La legion que en los llanos acampaba,
Y dónde empieza, ver, y dónde acaba.

CXXI.

Al bosque ameno acuden, que recrea
La fatiga á caballo y caballero.
Vénus que á la sazón, radiante Dea,
En voladora nube el dón guerrero
Traía al paladin, no bien le otea
Cabe el frío raudal, solo y señero
En un repuesto valle, ante él parece,
Y la hadada armadura así le ofrece:

CXXII.

«Cata, hijo, aquí las armas inmortales
Que sola de mi esposo el arte traza:
Las prometidas armas con las cuales
Arrostrarás de Turno la amenaza
Y el soberbio furor de sus parciales!»
Dice, y al hijo Citerea abraza,
Y de una encina al pié, que estaba enfrente,
Deposita el arnes resplandeciente.

CXXIII.

Reconocido el adalid y ufano
Por la honra excelsa y recibida gracia,
El tesoro contempla soberano
Y la vista sobre él gozosa espacia:
Las piezas, ya en el brazo y ya en la mano,
Revuelve, y de mirarlas no se sacia:
La espada incontrastable, la garzota,
El yelmo aterrador que incendios brota.

CXXIV.

Ya en la enorme loriga brilladora,
Recia en el bronce, en el matiz sangrienta
Como nube cerúlea á quien colora
Fogoso el sol, los ojos apacienta;
Ya de las pulcras grevas se enamora,
De electro y oro que al más fino afrenta;
La lanza admira, y el labrado escudo,
Que humano idioma describir no pudo.

CXXV.

Los ítalos orígenes, las glorias
En él grabó de la romana gente,
No desconocedor de las historias
Venideras, el Dios ignipotente:
De Ascanio y su linaje las victorias
Dispuso de uno en otro descendiente,
Y tanta famosísima batalla,
Quien contempla el escudo, en órden halla.

CXXVI.

Allí el antro de Marte se descubre,
De una parida fiera verde alcoba:
Dos risueños rapaces, que el salubre
Sustento solicitan de la loba,
Cuélganse en torno á la materna ubre;
Y ella con mansa lengua los adoba,
Ya á éste volviendo en su comun cariño
La robusta cerviz, ya al otro niño.

CXXVII.

Viene tras esto la naciente Roma;
Y las sabinas asaltadas, tales
Aparecen allí como las toma
La ocasion de los juegos Consuales;
Y nueva guerra y súbita, que asoma
De Rómulo á la vez á los parciales,
Y á los Curites y al anciano Tacío,
Pueblo viril de corazon rehacio.

CXXVIII.

Con sus armas, y en pié, y allí cercanos,
Depuestas ya las mutuas amenazas,
Ambos reyes ostentan en las manos
De Jove ante el altar sagradas tazas;
Una cerda que inmolan cual hermanos
Acredita la union de entrambas razas;
Y de Rómulo brilla recien hecho
Tosco palacio de pajizo techo.

CXXIX.

Luégo en diversas direcciones Mecio
De rápida quadriga por el llano
Arrebatarse mira;—así en desprecio
No tuvieses tu fe, misero Albano!—
Arrastrar al follon (¡castigo recio!)
Manda implacable el vencedor romano;
Y entre zarzas pasando y entre abrojos
Rastro dejan de sangre los despojos.

CXXX.

Tú, Pórsena, á tu vez, por el proscrito
Tarquino instando, la ciudad bloqueas;
Y ya de libertad corren al grito
Espadas á blandir nietos de Enéas:
En el ceño el furor llevas escrito,
Y que amagas advierto, como veas
Que osó el puente hundir Cócles, y que libre
Clelia ya de prision, trasnada el Tibre.

CXXXI.

En lo alto del escudo está presente
Manlio, guardian de la Tarpeya roca,
Que en defensa del templo, el eminente
Capitolio ocupando, se coloca;
Y vese allí que de la Gala gente
Que á los umbrales en silencio toca,
Volando avisa con clamor sonoro
Argénteo ganso en pórticos de oro.

CXXXII.

Entre matas la hueste avanza artera,
Y ya de aquella deseada altura,
Ya casi entre las sombras se apodera,
Dádiva todo de la noche oscura:
Les luce de oro á par la cabellera,
De oro abunda la gaya vestidura.
Y el blanco cuello, que á la leche iguala,
Ciñe, de oro tambien, maciza gala;

CXXXIII.

Y llevando ante sí largos escudos,
Blande cada uno doble dardo alpino.
El de Salios danzantes, y desnudos
Lupercos, á este grupo está vecino:
Señálanse los ápices lanudos
Y el ancil sacro que del cielo vino;
Y matronas, que insignias venerandas
Honestas llevan en carrozas blandas.

CXXXIV.

El mundo de las penas, la alta boca
Del Tártaro tambien la arte divina
Grabó léjos de allí. Tú de una roca
Que amenazando está siempre rüina,
Apareces pendiente, y la ira loca
Temblando de las Furias, Catilina.
Más allá de los justos las mansiones,
A quien dicta Caton sábias lecciones.

CXXXV.

En medio á estas escenas, mar hinchado,
Un piélago de oro se dilata,
Que en vivo movimiento simulado
Copos de espuma albísimos desata:
En círculo nadando dilatado
Tersos delfines de luciente plata
Girando van, y con alzadas colas
Barrer parecen las hirvientes olas.

CXXXVI.

Cautiva en medio al ponto las miradas
De Accio el conflicto, el próximo remate
Incierto aún: en orden las armadas
Con férreas proas van; hierve Leucate:
Sus ítalas legiones arriscadas
Conduce Augusto César al combate;
Yérguese en popa; el Pueblo y el Senado
Tiene, y los Dioses de la Patria, al lado.

CXXXVII.

Yérguese en la alta popa: fuego alienta
Radiante cada sien; su coronilla
La estrella Julia fúlgida sustenta.
Agripa, que sus tropas acaudilla,
Enhiesto en otra parte se presenta:
Dioses y vientos le cortejan: brilla
Sobre su frente la rostral corona
Que navales hazañas galardona.

CXXXVIII.

Allí Antonio á su vez bárbara hueste
Manda, con vario militar arreo:
Triunfante la region que la celeste
Aurora ilustra y piélago Eritreo
Ha dejado, y ejércitos del Este
Trae: al Egipcio acompañarle veo,
Y al remoto Bactriano; y ¡mancha odiosa!
Tambien le sigue forastera esposa.

CXXXIX.

Precipítanse á un tiempo las galeras
Hácia alta mar; y cúbrenla de espuma
Revolviéndola toda, las guerreras
Proras y remos con violencia suma.
Ver bogando las Cícladas creyeras
O montes que, éste á aquél, cayendo, abruma;
¡Tanto estrechan la lid! ¡con mole tanta
Un torreado buque á otro quebranta!

CXL.

Volante hierro y encendida estopa
Caen doquier: la atroz carnicería
En sangre el campo de Neptuno arropa.
Con el egipcio sistro desafia
Cleopatra; y, armados en su popa,
A Anúbis labrador, y á cuantas cria
Feas deidades su país, reserva
Contra Neptuno y Vénus y Minerva.

CXLI.

Ella mirar no ha osado todavía
Los dos zagueros áspides. En tanto
Arde Mavorte en medio á la porfia,
Tallado en hierro; y esparciendo espanto
Bajan tras él por la region vacía
Las Furias: corre con rasgado manto
Riendo la Discordia; y hiere al viento
Belona en pos con látigo sangriento.

CXLII.

Apolo Accio, que dudoso mira
El trance, desde lo alto el arco tiende;
A Indo y á Egipcio horror mortal inspira:
El Árabe, el Sabeo fuga emprende;
Todos vuelven espaldas á su ira.
Ni á más la Reina espavorida atiende:
Ya, ya jarcias afloja, da la vela,
Vientos convida, por el golfo vuela.

CXLIII.

Grabó á la triste el Dios ignipotente
Con el Yápiga huyendo, á quien invoca
Entre el estrago, pálida la frente
Al soplo de la muerte que la toca;
Y puso al caudaloso Nilo enfrente,
Que abriendo en su dolor séptupla boca,
A su seno cerúleo y honda cama
Con suelta ropa á los vencidos llama.

CXLIV

Y luégo en triple triunfo á los romanos
 Muros César avánzase opulento:
 Máximos á los Dioses italianos
 Santuarios fundar tres veces ciento
 En Roma, ofrece, y sus alzadas manos
 Expresan el eterno juramento.
 Y plazas vense y calles en festivas
 Danzas bullir y en jubilosos vivas.

CXLV.

Tiene aras cada templo, y centenares
 Reune de matronas: sacrifica
 Reses el sacerdote en los altares.
 César, de Febo en la albicante y rica
 Entrada, las ofrendas populares
 Reconoce, á las puertas las aplica;
 Y ante él desfilan las vencidas gentes
 En veste, armas y lengua diferentes.

CXLVI.

Allí el Nómade, el Áfrico, á ligeros
 Trajes usado; y Lélegas en fila
 Vense, y Carios allí; diestros arqueros
 Los Gelones; Eufrátes, más tranquila
 Su corriente arrastrando; y los postreros
 Morinos; y el que doble cuerno estila,
 Reno undoso; y los Dahas renuentes,
 Y Aráxes, no enseñado á sufrir puentes.

CXLVII.

Tales asuntos el sin par Vulcano
 En el escudo figurado había.
 De su madre el obsequio soberano
 Contempla el paladin, y se extasia
 En sus primores; con anhelo vano
 Enigma tanto descifrar porfia,
 Y de futuros nietos y de Roma
 Gloria y poder sobre sus hombros toma.